

El concepto etiológico acerca de la enfermedad

Por ENRIQUE GUARNER

Las tribus primitivas atribuían los procesos morbosos a la introducción de los espíritus de los muertos, a la venganza de los enemigos, a la posesión demoniaca, a la violación de algún tabú y más que nada a las causas sobrenaturales. Como resultado de ello fue necesario que para aplacar a las adversidades se utilizara la magia que estaba en poder del hechicero.

En el mundo reflexivo de los griegos, Aristóteles buscó el origen de las afecciones en lo material y halló que no constituían otra cosa que la manifestación de un cambio dentro de nuestra condición de equilibrio. El filósofo de Estagira en «De anima» consideró a las enfermedades como una fuente de las actividades del alma, la cual reaccionaba ante los diferentes impactos de la existencia.

La concepción aristotélica podía unirse al pensamiento de Platón quien en su diálogo «El Timeo» señalaba que la prevalencia o defecto de los constituyentes corporales daba lugar a las alteraciones. Estos elementos eran la sangre, la flema y las bilis negra o amarilla, los cuales en su desproporción o discordia rompían el equilibrio vital. Según el filósofo los agentes invasores procedían de: la tierra, el fuego, el aire o el agua.

Puede afirmarse que esta interpretación acerca de la ruptura de la armonía del cuerpo fue sostenida por Girolamo Fracastoro, médico renacentista que en 1530 escribió el libro «De morbis contagiosis». En esta obra sostuvo que las infecciones eran producidas por cuerpos diminutos capaces de multiplicarse en número ilimitado de veces y destruir el equilibrio físico.

Según Fracastoro existen elementos minúsculos que se propagan en los humores a través de la inspiración respiratoria. El médico de Verona concluyó: «En el análisis de las epidemias se demuestra que ellas no pasan de los animales al hombre, sino que son particulares de éste».

La agudeza de Fracas-

toro lo llevó a describir la sífilis, enfermedad a la que le dió el nombre que todavía conserva. Para hacerlo escribió el poema que intituló «Syphilis sive morbus gallicus», el cual alcanzó una gran difusión. Desde el punto de vista literario los versos constituyen un alarde de elegancia y gusto. Lo único criticable es que el autor mostrara prejuicios

contra los galos o franceses a los que culpaba de propagar el padecimiento a partir del sitio de Nápoles que sucediera en 1493.

En el siglo XVIII al tallar delicadamente sus lentes el holandés Antonio van Lewenhoek abrió un nuevo campo para determinar el origen de las enfermedades. Ello ocurrió cuando al observar una gota de agua señaló: «Se presentan seres sumamente pequeños que a veces permanecen inmóviles en equilibrio, pero que después describen circunferencias a su alrededor». Además el investigador estudió los globulos sanguíneos, algunos infusorios y hasta las células espermatóicas.

Poco tiempo más tarde apareció la bacteriología con la cual se descubrieron las formas más nocivas de los microbios. Fue Louis Pasteur el primero en demostrar su carácter patógeno; pero se debe a Roberto Koch el establecimiento de la conexión entre la actividad de los gérmenes y las epidemias. Además este médico alemán aisló el bacilo de la tuberculosis, el de la lepra y el del tifus. Cabe agregar que sus discípulos descubrieron el que producía la sífilis, la gonorrea, la difteria y el tétanos.

Hubo un momento en el que parecía que la medicina se reduciría a encontrar la bacteria que ocasionaba cualquier afección y diseñar un medio químico que la destruyera. Desafortunadamente este razonamiento demasiado simplista estaba lejos de la realidad y después del entusiasmo inicial brotó la incertidumbre. El problema científico se complicó cuando aparecieron microbios que no podían ser vistos bajo el microscopio y que habitaban en los linderos de lo viviente, o sea, lo que hoy en día conocemos como virus.

Otro enigma se hizo patente al comprobarse que

los productos secretados por el metabolismo de los gérmenes provocaban reacciones sanguíneas y con ello nació una nueva ciencia: la inmunología y la química de lo invisible.

Puede decirse que desde fines del siglo pasado todos los desinfectantes fueron utilizados y hasta la resistente sífilis comenzó a ceder con las aportaciones de Paul Ehrlich. Sin embargo, la droga que ha tenido mayores alcances fue descubierta en 1929, cuando Alexander Fleming trabajando en el St. Mary's Hospital de Londres, comunicó por primera ocasión que los cultivos de estafilococos eran

inhibidos en su crecimiento por una colección de moho verde al que reconoció como formado por una colonia del hongo «penicillium notatum». Tuvieron que transcurrir varios años para que el hallazgo pudiera ser aplicado a la práctica clínica, pero a partir de entonces el índice de utilización de los diferentes antibióticos ha sobrepasado todas las expectativas y sus resultados continúan siendo espectaculares.

Los adelantos en el campo de la bacteriología han repercutido para que en la actualidad la tuberculosis no sea la causa principal de muerte y la malaria se haya vuelto una mera curiosidad. En muchos países la fiebre tifoidea ha casi desaparecido y enfermedades que en épocas pretéritas causaban graves daños como la viruela, la difteria y las neumonías están bajo control. Solamente algunas invasiones virales como el SIDA causan enormes estragos.

Los comienzos de las intervenciones quirúrgicas son más antiguas que la misma medicina clínica. El límite corporal fue roto antes de que la mente comprendiera la anatomía con el objeto de destruir aquello que era anormal como una tumoración, una herida que supuraba sin término o algún miembro roto.

No obstante, la cirugía tardó bastante en perder su carácter artesanal y en la antigüedad la operación era realizada por el hechicero. Con posterioridad cuando los médicos fallaban se recurría a los barberos.

En las guerras el cuidado de los heridos hizo imprescindible el surgimiento de

operadores hábiles y en el siglo XVI destacó el francés Ambroise Paré quien dotó a las intervenciones quirúrgicas de sus primeras bases técnicas. Por cierto que la destreza de este médico militar provenía de que su padre había sido un relevante barbero.

Sin embargo, los principales enemigos de la cirugía como eran las infecciones y el dolor seguían vivos. Fue el médico inglés Joseph Lister quien al esterilizar los instrumentos con ácido fénico, logró evitar la propagación de los gérmenes. A su vez en 1946 un dentista de Boston de nombre William Green Morton ensayó el éter para extraer una muela y posteriormente aplicó el mismo anestésico para que Warren estirara un tumor de la laringe.

A partir de aquellas fechas, la cirugía ha montado un fabuloso aparato técnico preparando exhaustivamente a los pacientes antes y después de cualquier operación. Hoy en día la causa de muchísimos trastornos como tumoraciones, una malformación, las alteraciones cardíacas, los trastornos neurológicos, el uso de injertos y hasta los problemas microscópicos pueden ser abordados por medio de la tecnología quirúrgica más avanzada. Se han llegado a realizar trasplantes de multitud de órganos y se ha acercado a los superfluo con intervenciones de carácter plástico para que las personas utilicen rostros postizos con los cuales se engañan a sí mismas.

Todos estos progresos tanto químicos como tecnológicos nos hablan de una salud aparente. Sin embargo, la existencia humana con los automóviles, el avión y la televisión se ha acelerado dando paso a los problemas psicosomáticos.

La multiplicación de las industrias ha desarrollado la emigración masiva de la población rural a las ciudades, lo cual acarrea la pérdida de la independencia y de la contemplación. El trabajo urbano resulta extremadamente competitivo y tanto el obrero, como el industrial o el comerciante son víctima de su propia ansiedad. En tiempos de prosperidad algo se salva, pero cuando sobrevienen las depresiones económicas y el desempleo, las afeccio-

nes emocionales aumentan.

Debe agregarse la inseguridad bajo la cual vivimos en las ciudades, los desadaptados y los drogadictos. Las pugnas para alcanzar el éxito en el campo del dinero que hace que el ser humano siempre esté fatigado y carente de tiempo para gozar de la vida.

A lo anterior cabe añadir los problemas maritales con pocas parejas felices, las carencias sexuales y los conflictos que traen aparejados el dar educación, disciplina o reglas morales a los hijos. Por último todos sufrimos miedo a las enfermedades el cual solíamos asociar con la muerte de algún familiar o amigo y que precipita nuestra neurosis visceral.

Podríamos concluir que el concepto etiológico de que las enfermedades proceden de causas externas queda en duda y que existen actividades que surgen desde adentro de nuestro organismo. Hoy en día debemos hablar de ideosincrasias, inmunidad, susceptibilidad, terreno y constitución como términos significativos y mecanismos importantísimos que determinan las causas de los trastornos físicos más importantes.